

SEMBLANZA ESPIRITUAL DE UN AMIGO

El 28 de Diciembre de 1.981 hacia las tres de la tarde¹, viniendo de Ocaña a Madrid, el P. Julio A. Figar tuvo un accidente que le costó la vida. Venía a un cursillo sobre oración que daban los PP. Claretianos en su Instituto de Vida Religiosa. En una curva peligrosa, en el Km. 41, tal vez por la abundante lluvia caída todo el día, el coche patinó y, girando sobre sí mismo, invadió la calzada contraria en el momento que pasaba un camión que lo arrolló. Allí mismo había un puesto de la Cruz Roja. Los que estaban de servicio fueron testigos del accidente y ellos mismos le trasladaron a la Clínica 1º de Octubre de Madrid. Ingresó con una relativa gravedad a las 4'20. Tenía rotas dos vértebras y un hematoma grande, pero apenas perceptible al exterior, detrás de la oreja derecha. Viajaba solo.

Esta primera tarde reconoció a algunas personas y aunque no podía hablar daba signos de presencia apretando las manos de los que le saludaban. Le pusieron en la habitación 237 ya que no parecía su situación de extrema gravedad. Se quedó con él por la noche Beatriz, una chica del grupo Rosa de Sarón, que es enfermera. Hacia las cuatro de la mañana su situación se agravó y Beatriz se dio cuenta de que se iba. Llamó a médicos y enfermeras que le trasladaron a la UVI y le entubaron, ya en situación crítica. Al llegar por la mañana temprano, Beatriz entre lágrimas y sollozos nos contó lo que había pasado y llena de emoción repetía sin cesar: “Se me ha muerto Jesucristo entre mis brazos. Me he pasado toda la noche besándole los pies. ¡Qué impotencia, Dios mío, qué impotencia” .

Permaneció varios días clínicamente muerto si bien seguía respirando con ayuda de aparatos. En estos días acudió al hospital una multitud de personas que terminaban por lo general en la capilla del 7º piso haciendo oración por grupos o asistiendo a alguna Eucaristía . El Señor fue dando paz a los corazones y comenzamos a vislumbrar el misterio de una muerte tan temprana y tan absurda a los ojos de los hombres. Incluso sus padres y sus dos hermanas se contagiaron del ambiente reinante y de la paz de todos. Su madre el segundo día dijo: “Noto una fuerza mágica dentro de mí que me da mucha paz”. Así hasta las ocho de la mañana del día 1 de Enero en que falleció. Tenía 27 años de edad y le faltaban algunos meses para cumplir los tres años como sacerdote.

Antes de seguir adelante yo quisiera que quedara clara una cosa. Lo que se va a decir aquí no es un testimonio de Julio, es un testimonio del Señor, de Jesucristo, el único

¹ A los pocos días de la muerte de Julio comencé a escribir esta semblanza. Su terminación está fechada el 4-2-82. La ponemos aquí porque forma parte de la raíz de donde Pedro brotó.

amor de Julio en los últimos años, el que le dio la Vida, el que hizo dentro de él cosas grandes. Dios es admirable en todo y de una manera especial en sus santos. Julio, cuando hacía oración, pasaba largos ratos diciendo únicamente esta palabra: Jesús, Jesús, Jesús... Y es que percibió la fuerza del Señor en su espíritu que le arrebató y le hizo suyo y le constituyó en instrumento de salvación para muchos por diversas regiones de España. Es, por tanto, a la fuerza del Señor, al Espíritu de Jesucristo, al que hay que dar la gloria y el honor ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Vocación. El Señor se valió de un retiro de la Renovación Carismática para salvar la vocación de Julio como dominico y sacerdote. Estaba en el segundo curso de Filosofía. Él era en aquel momento un joven al estilo de la época: protestatario, agresivo, de gran dureza, todo le parecía mal. Junto a otros cinco compañeros de curso hacía continuas huelgas por parecerles clases y profesores, anticuados y abstractos. Todos los detalles de la vida del convento de Alcobendas eran inaguantables para ellos. Se decidieron entonces a pedir permiso para vivir algunos años fuera del convento. Con este motivo alquilaron un piso donde querían ellos fundar una comunidad alternativa para demostrar a todos cómo se podía y se debía vivir en auténtica comunidad de fraternidad y trabajo.

Pocos días antes de pasarse al piso, otro compañero, llamado también Julio Recio, le invitó a un retiro carismático. Recio era un diácono que estaba igualmente a punto de perder su vocación. Iban por la calle haciendo una “oración” que era también un desafío: “Señor, esta es la última oportunidad que te damos”. En una carta de 1.976 lo contaba Julio de la siguiente manera: “... Te puedo decir que los dos íbamos a la desesperada y que puse toda mi esperanza en aquel Dios que tantas maravillas hacía en los demás. Desde lo hondo solamente tenía una palabra para ese Dios desconocido: ¡ Ayúdame, Señor ! Y el Señor me escuchó. El viernes por la noche me acerqué con la humildad de que era capaz a que un grupo de hermanos oraran por mí. En pocas palabras les resumí mi problema y puse en las manos del Señor mi angustia. Lo que luego sucedió no se podrá nunca escribir porque no hay palabras para explicar el amor de Dios; sólo decirte que sentí que el Señor se acercaba a mí suavemente llenándome de amor. De algún modo me parecía estar tocando a Dios. Luego una paz profunda que jamás había experimentado. Cuando vi a Recio le dije: ¡El Señor me ha liberado!, y comencé a saltar de gozo por las calles... Al día siguiente en la efusión del Espíritu volví a sentir con fuerza la mano poderosa del Señor.

Y ahí empezó todo, con la marca y el sello del Señor. En el convento se tornó todo diferente. La gracia y el Amor de Dios hacen libres; y me hicieron libre, completamente libre, para decidir. Sólo estaba condicionado por una experiencia: la del Amor de Dios; pero esto me daba seguridad para tomar cualquier decisión. Me puse completamente en las manos del Señor para que se cumpliera su voluntad plenamente. Es curioso que constataba los problemas que antes me habían influenciado pero de una manera diferente. Eran los mismos, pero diferentes, pues los contemplaba desde una paz profunda.

El Señor me hizo ver muy pronto y muy claro que ya no había razón para irme. Yo estaba curado. Había encontrado la estabilidad interior. Sólo quedaba comunicar mi

decisión al “resto de Israel”. Aunque en ningún momento perdí la paz, fue para mí triste y para ellos doloroso. Escuché de todo: que si estaba loco, que qué iba yo a hacer sólo, si me daba miedo el mundo, etc. Para ellos era ya insoportable el quedarse. Para mí comenzaba una etapa de gozo. Y se fueron al piso los cinco con intención de crear algo...”.

Muchas veces le he oído a Julio decir que esta experiencia, ahondada por los años es lo que ha predicado siempre en sus charlas y homilías. Experimentó que el Señor vive, que actúa, que ama, que salva. Entonces descubrió la fuerza y la presencia del Espíritu de Jesús. Y el Señor le hizo su testigo, su predicador, su apóstol, proclamando en adelante con una fuerza enorme y una convicción absoluta la resurrección de Jesucristo. Al actuar el Señor dentro de él ha dado paz y consuelo a un número incalculable de gente. “Consolad, consolad a mi pueblo”. Estas palabras del profeta, que él vivía y pronunciaba con mucha frecuencia, definen muy bien la actuación de Julio. El Señor no le eligió para reñir a su pueblo ni para denunciar a nadie. De esto quedó curado para siempre. Es clara esta constatación: si hubiera seguido en la protesta y en la denuncia agresiva no hubiera hecho otra cosa que aumentar un poquito más el odio entre los hombres, sin haber salvado nada ni a nadie.

Tiempo después de su experiencia de conversión escribía: “Hoy puedo decir que quiero a esta comunidad (Alcobendas) con toda el alma, y a cada una de las personas como algo muy sagrado, como hijos de Dios para los que hay un plan, como en mí, maravilloso: el plan de Dios. Por esta experiencia puedo relativizar tantas cosas... perdonar otras y comprenderlas todas”.

Así siguió su vida de estudio, con gran ilusión por la Teología y con la meta puesta en el sacerdocio. Poco antes de ordenarse sacerdote escribía a una persona cercana a la muerte: “ Cuando vea a Dios dígame esto:

-que yo le amo y que no puedo vivir sin Él.

-que no me abandone nunca.

-que tenga misericordia de mis pecados.

Dígame también que deseo ser instrumento dócil:

-para ejercer el sacerdocio entre mis hermanos.

-que puede hacer de mí lo que quiera, pero que no me quite nunca su Santo Espíritu.

Dígame que, a veces, siento miedo y que me creo abandonado; pero sobre todo dígame que quiero ser santo y que deseo amarle con todo mi corazón, mi mente, mi ser.

Y al final me queda lo más importante:

“Gracias por el don del Sacerdocio”

El Señor sometió a Julio dos meses antes de ordenarse sacerdote a una dura crisis de espíritu. No tenía dudas de su vocación ni ninguna otra cosa de la vida o del mundo le atraía. Pero fue conducido a un tremendo desierto en el cual experimentó el abandono, la oscuridad y la muerte. Yo era en aquél momento Maestro de Estudiantes y me contó lo que le pasaba. No le entendí gran cosa y me imagino que no supe decirle nada que le alentara. Era una verdadera purificación al nivel del espíritu que después he tenido ocasión de experimentar en él y en alguna otra persona. La verdad es que en ese caso las palabras de

consuelo y compañía de poco sirven, pues la soledad se percibe en unas honduras donde nada ni nadie acompañan. Pero la fe crece maravillosamente. Al final de esta crisis escribía: “ Gracias por las primeras noticias de tu Resurrección que llegan a mi alma como aurora tras larga noche de oscuridad. Amén”.

El día de su ordenación sacerdotal, 31 de Marzo de 1.979, escribió:

“Gracias Señor por el día más grande de mi vida.

Gracias por el Don del SACERDOCIO.

Gracias porque has tomado mi debilidad.

Gracias por TODO.

SACERDOTE ETERNO. AMEN”.

Jesucristo. Cristo era el tema central de su vida, su máximo Amor, donde él se extasiaba. Al hablar de este tema dejaba de ser lento y le brotaban las palabras a borbotones, a veces con gran pasión que contrastaba con su ecuanimidad y paz habitual. Hablando de Cristo le vi un día llevar él sólo la conversación durante más de una hora y media viajando en coche. Él no hablaba mucho de ordinario, a veces casi nada, pero Jesucristo le había enamorado y hablaba de Cristo con verdadera fruición, disfrutando a placer de las palabras y del momento.

Hay una frase en una de sus charlas a sacerdotes que resume su inteligencia y vivencia del misterio de Cristo: “Tenemos que permitirle a Cristo que viva en nosotros el misterio de su anonadamiento. De esta forma la muerte del hombre revela a Dios”. El destino de cada cristiano es caminar hacia Jerusalén para ser crucificado. Pero es Jesús, el siervo de Yahvé, el que camina dentro de nosotros para ser de nuevo crucificado. Es Jesús el que muere en los mártires, el que ama a los enfermos, el que atiende a los pobres. Y es su sangre la que se vierte al verterse la sangre de un cristiano. Y es en nosotros donde Cristo completa lo que le falta a su pasión.

He aquí como Julio expresa esto en una carta que escribe a Merche, una chica de la Rosa de Sarón que entró en las Misioneras de la Caridad de Teresa de Calcuta: “Ahora se trata de asumir el camino. ¿Hacia dónde? Ya lo sabes, hermana; EL CAMINO ES HACIA JERUSALEN, y el que camina es un SIERVO DE YAHVE que fue despojado, despojado hasta la muerte, y ese caminante está en ti. Está haciendo el camino contigo, en ti. Él sabe que por ahí está Dios. Satanás le propone un camino más fácil, más racional, más de sentido común. Pero Jesús grita: ¡Apártate de mí, Satanás! Mi alimento es hacer la voluntad del Padre, aunque no la comprenda. Jesús sabe que por ahí, por la cruz está la vida. Por eso, Jesús te dice ahora:

Tu que lloras... por ahí está Dios... ¡Bienaventurada!.

Tu que sufres... por ahí está Dios... ¡Bienaventurada!.

A ti que te humillan... por ahí está Dios... ¡Bienaventurada!.

Mira, hermana, dónde se prueba la vocación, dónde se está probando tu seguimiento de Cristo pobre. En la CRUZ y sólo en la cruz. Sólo hay un pecado: odiar la cruz.

“... Obediencia, obediencia hasta la muerte de este granito de mal trigo que somos. No temas, te fortalecerá el saber que todos los días te presento en el altar del sacrificio de alabanza. Ya no hay más sacrificio que el de Nuestro Señor. Ahora puedo llevar a este altar tu cruz. Cada día, cuando más agotada estés, será como un signo de este misterio que cada día celebro y ofrezco por ti. Permítele al Señor que haga lo que quiera contigo. Hoy puedo decírtelo. Ayer me escandalizaba la cruz que el Padre ponía en tus débiles hombros. Hoy adoro esa cruz. Cada vez que mueres un poquito, la comunión se fortalece y se purifica. Déjame que hoy te diga que amo tu pobreza, tu miseria. Creo que esto ya comienza a ser Amor de Siempreviva. No me espanta tu miseria, hermana mía. Dame tu peso en esa plegaria última del día. Te lo reclamo”.

Parecería lógico que una doctrina tan exigente originara personalidades duras y rígidas y, sin embargo, nada más contrario a esto. Ni Julio ni Merche han sido así. Julio era pacífico, amable, dulce en todos sus gestos, de gran sensibilidad. Se le amaba con toda facilidad. Sus silencios no eran agresivos ni juzgaba nada ni a nadie a su alrededor. Daba paz. Y es que en todo esto hay un gran secreto. Cuando uno vive esta doctrina y la obediencia hasta la muerte, aún en situaciones irracionales, en la fuerza del Espíritu Santo, no es uno el que lo vive; por eso su personalidad no se deforma sino que se aquilata y dulcifica hasta el punto de que sus muertes producen frutos de amor y de bondad. Y en esta misma fuerza uno puede vivir la irracionalidad de poner la otra mejilla, de dejarse insultar, de padecer injusticia y de no reclamar nunca nada de lo suyo. Por el contrario, si estas cosas se hacen con el sólo esfuerzo de la Ley y de la voluntad humana, como dice el mismo Julio en esta carta, se producen heridas y un gran rechazo y, en último término, fariseísmos y neurotismos. Cuando él aconsejaba esto sabía muy bien a quién se lo decía.

Personalmente, lo vivió también hasta la muerte. Tres meses antes de acaecerle, los superiores le mandaron a Ocaña con el cargo de submaestro de novicios. Esto fue una dura prueba para él. Años antes había hecho el noviciado, también en Ocaña, y de ahí le quedaron una serie de heridas y traumas de los que no estaba reconciliado. Como él mismo decía, el Señor aprieta donde duele, pues si no, no creceríamos. En dos semanas de clamar día y noche, el Señor le fue dando amor por toda la pobreza que hay en ese convento, sobre todo de ambiente, hasta llegar a amarlo y a derramar lágrimas de gozo en acción de gracias al Señor por haberle puesto en esa pobreza. Al fin, este sentimiento le produjo la reconciliación interior y el saborear una pobreza donde todo se espera de Dios. La última prueba a la que le sometió el Señor fue la de acatar órdenes o determinados tipos de actuaciones o costumbres que no iban para nada con su manera de ser o en relación con la actuación de los novicios. Esto le afectó hasta el punto de comentármelo alguna vez en los días que estuvimos en Canarias a principios de diciembre. Pero ya lo comentaba curado en su interior. La obediencia, aún a los mandatos contrarios a sí mismo, los aceptó en holocausto a la voluntad de Dios. Estos hechos me hicieron a mí comentar con algunas

personas que son testigos de ello: “ No me explico para lo que Dios pueda estar preparando a este chico. Si a los 27 años está así, a los 40 quema al mundo entero”. Quince días después, la muerte aclaró todas las dudas.

La obra del Señor en él en estos últimos seis meses, ha sido rápida y a las claras. He tenido el gozo de compartir con él durante cinco años, día a día, con gran intimidad. Hasta el verano último no había notado gran diferencia entre lo que hablábamos el uno y el otro. Pero a partir de este verano me perdí. La última vez que estuvo en Oviedo, en casa de sus padres, fue a finales de septiembre. Le acompañé esta semana, que pasamos parte en Oviedo y parte en León. Al viajar a Asturias, en la bajada del puerto de Pajares- íbamos solos en el departamento- me empezó a hablar de Jesucristo y siguió sin parar hasta Oviedo. Le entendí muy poco de lo que me decía, aunque sabía bien que era muy importante lo que me estaba diciendo. Lo que sé, es que, según me hablaba, yo pensaba para mis adentros: “Este chaval se me escapa”. Y se me escapó, hasta el punto de que al escribir estas páginas, tengo la sensación de quedarme cortísimo en todo. Sospecho que estos últimos meses su interior ha sido un volcán. Sin embargo, es cuando menos ha hablado.

En esta ocasión me hablaba de cómo nuestros sufrimientos no son nuestros sino de Cristo. De que no tenemos derecho a apropiarnos nada de lo que nos pasa, porque se lo robamos a Cristo. Cristo sufre en nosotros la pasión con la cual está salvando actualmente al mundo. Todos los hombres vamos a sufrir, pero la diferencia entre un sufrimiento cristiano y uno que no lo es, es que el cristiano está redimido, es de Cristo. Si yo sufro y me miro a mí mismo y a mis sufrimientos soy un egoísta, y mis dolores me pesan, me pesan hasta la protesta. Pero no podemos cargar con nuestro propio peso. Por eso se lo tenemos que dejar a Cristo que él lo lleve, que sea suyo. De esta forma, Cristo salvará al mundo en nosotros y nosotros nos sentiremos liberados.

Así se explica en Julio el siguiente hecho: cuando se le veía con algún trabajo agotador o en ocasiones semejantes, si le preguntabas: ¿estás cansado? o no respondía o, si respondía, se limitaba a decir: “Él no se cansa”. Esto quiere decir: Jesús ha resucitado, ya no muere ni se cansa más, actúa en nosotros con su Espíritu. Él es el que actúa en mí, suya es la fuerza, él no tiene problemas. ¿Qué importa que el cuerpo de Julio se destruya ? El está en su derecho al actuar en mí hasta el agotamiento. Lo nuestro es reproducir la imagen de Jesús. Así la muerte del hombre revela el misterio de Dios. Cristo al morir ha perdido visibilidad, pero no presencia. Esta visibilidad se la tenemos que prestar nosotros. Tenemos que dejar que Cristo utilice nuestras manos, nuestros labios, nuestro corazón y todo nuestro ser.

Para que podamos vivir esto sin violencia interior, que nos destruiría, necesitamos que el Espíritu Santo nos de el don de la compasión. Con este don, amamos al mundo y a los hombres con el mismo amor con que los amó Cristo. Y sufrimos con Cristo por ellos hasta la cruz, hasta la muerte. Julio tenía este don en un grado intenso. Lo expresaba con otro don complementario que es el don de lágrimas. Lloraba con frecuencia en la

Eucaristía, hasta en una simple exposición del Santísimo. Pero donde lo expresaba de una manera más plástica era al hacer oración por un hermano enfermo para que el Señor lo curara. Llenos los ojos de lágrimas le pedía al Señor que le pusiera a él la enfermedad del hermano. Si oraba por la curación de un cáncer decía: “Dame Señor, a mí ese cáncer y cura al hermano”. Esto dicho con la sinceridad de las lágrimas en el Espíritu es impresionante. Es llevar hasta el fondo la identificación con Cristo, al cargar con las dolencias de los demás, soportando todas nuestras tribulaciones.

Por eso pienso que la muerte corporal de Julio no ha sido más que un pretexto para enterrarle, pues él bien muerto estaba ya. Hay un pasaje de la Escritura que no quiero dejar de citar ya que constituía las delicias de Julio. Se trata de la primera parte del capítulo 63 de Isaías. Se llama, o Julio lo llamaba, la canción del lagarero. Lo interpretaba así: Dios, teñidos de rojo sus vestidos como los de un lagarero, anuncia que ha pisoteado a las naciones con ira, las ha pateado con furia, hasta el punto de que su sangre ha salpicado sus vestidos. Así se ha cumplido la justicia. Pero resulta que nosotros, que somos las naciones, no hemos sido pisoteados, ni prensados en ningún lagar. Sólo Jesucristo es el que ha sido pisoteado por nosotros. En él descargó Dios toda su furia y toda su ira. En él encontramos toda la justicia y, gracias a él, el furor se ha trocado en benevolencia y gracia para nosotros.

Entonces Jesucristo lo es todo. Y se comprende que el que viva este misterio iluminado por la luz del Espíritu y con el don de compasión, se vuelva loco de amor por Jesucristo y su oración no sea otra cosa que Jesús, Jesús, Jesús...

Un reino de gratuidad

La gratuidad de la salvación es, tal vez, el punto de la espiritualidad de la Renovación Carismática del que Julio bebió con mayor gratitud. Allí lo descubrió él, en la propia experiencia de liberación. “Misericordias Domini, in aeternum cantabo”. Este versículo en música de un canon de Taizé lo repetía continuamente, acompañado de su guitarra. “Cantaré eternamente las misericordias del Señor”. No se trata ciertamente de querer o correr, sino de que el Señor tenga misericordia. Y con Julio la tuvo por puro amor y para la gloria del Señor, no por ningún merecimiento anterior suyo.

Tal vez su imagen preferida era la del barro y el alfarero, del profeta Jeremías. Gozaba en orar con esta imagen, la predicaba continuamente, fabricaba pequeñas figuritas de barro que a veces regalaba a alguien, con algún mensaje en un papelito dentro. El Señor puede hacer en su barro lo que quiera. Siempre será una maravilla del Señor, gratuita, por puro capricho pero llena de amor por su barro. El Señor hace filigranas en su barro; hay que dejarle hacer.

La misericordia del Señor hacia nosotros se expresa fundamentalmente en Jesucristo, don gratuito por excelencia, nunca soñado ni menos merecido, expresión de la suma liberalidad del Padre. Él es el bienamado, el único amado, el único santo. Julio

predicaba que Jesús es el único amado por el Padre, el único objeto de amor amado directamente por el Padre. A nosotros el Padre nos ama en Jesús y por Jesús, y a través de Jesús, muerto por nosotros de amor, el Padre nos acepta, tiene misericordia de nosotros, nos ve santos y se goza con sus hijos. Todo ello en absoluta gratuidad, no por ningún merecimiento nuestro, sino por el contrario, amados cuando éramos enemigos, llenos de pecado y en el orgullo de nosotros mismos. Lo único que se nos exige es creer en Jesús. Si así lo hacemos el amor del Padre, o sea el Espíritu Santo, va a hacer en nosotros una obra maravillosa de santidad, de tal forma que, al final, la gloria sea toda para el Señor y a nosotros no nos quede otra tarea que el gozo de la adoración y de la alabanza.

La gratuidad de la salvación vivida de esta manera es de una delicia absoluta. Esto lo percibe y lo goza el barro hasta la borrachera. El agradecimiento al Padre y a Cristo y el canto de alabanza brotan incontenibles y a borbotones del fondo del espíritu. Se expresa como en Julio, en lenguas, en lágrimas o repitiendo sin cesar Jesús, Jesús, Jesús... Vivió el gozo de la gratuidad saboreándolo como una fruta deliciosa, y hablando de esto se le cortaba la respiración y elevaba siempre el tono de voz.

Todo lo dicho hasta ahora voy a expresarlo con otras palabras por ser utilizadas y queridas por Julio y algunas otras personas de su intimidad. Se trata de ver la gratuidad desde la pobreza. Es de mucha hondura y no sé si sabré expresarme. Dijimos que la cruz le pertenece a Cristo y todo el sufrimiento del cristiano era de Cristo en nosotros, con el que salvaba al mundo actual, completando así en la actualidad lo que faltaba a su pasión. Lo mismo hay que decir de la pobreza. La pobreza es toda de Cristo, pues siendo él Dios, se anonadó pasando por uno de tantos hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de cruz. La pobreza absoluta de Cristo en su muerte invocó la gratuidad de la Resurrección. "Dios le resucitó y ha sido declarado Señor, Cristo, y Salvador". La pobreza es pues de Cristo. Los cristianos estamos llamados a que Cristo viva en nosotros su cruz y su pobreza. Él es el pobre. Unidos a Cristo en su pobreza, el abismo de nuestra pobreza en la suya, invoca otro abismo que es el de la gratuidad e infinita liberalidad del Padre. El reino de Cristo es un reino de pobres que lo han entregado todo, es decir que se han dejado poseer totalmente por Cristo y a los que el Padre ama.

He aquí como expresa esto mismo una chica de la Rosa de Sarón, que a sus 17 años le escribe a Julio en una carta: "Ahora puedo entender que la invitación del Señor es: "TOMA MI CRUZ Y SÍGUEME... YENDO A LOS POBRES, SIENDO POBRE, SIENDO UNO CON ELLOS... Y CONMIGO". Él es el pobre y su invitación es una invitación a la cruz -que le pertenece- y a ser un pobre con él. Y así veo que en verdad todo el sufrimiento es de Cristo, así como toda la pobreza (esto me lo has enseñado tú, y el Señor me lo ha hecho entender en el espíritu). Su pobreza y su gratuidad están íntimamente unidas, no sé expresarlo. ¡Cómo no llorar el sufrimiento de la Iglesia y del mundo!, pero ¡cómo no amarlo con Paz -la Paz es de Cristo- y aceptarlo si la Esposa se casa con el Pobre! Incluso la pobreza y el sufrimiento se hacen miel para la Esposa porque Cristo es el Pobre y suya es la cruz. La esposa al casarse con el Esposo se hace pobre con él. La pobreza y el sufrimiento de los hermanos son alimentos para la fe y el amor, hemos de

unirnos a los hermanos que sufren y sufrir con ellos sin condiciones, pero siendo conscientes de que el sufrimiento de los hermanos y el nuestro no nos pertenecen, son de Cristo, nos unen a él, y nos hacen participar de su fortaleza de espíritu y de su amor.

Los llamados a Cristo somos llamados a vivir en nosotros su pobreza y su sufrimiento, que son dones que nos revelan que Cristo vive en su Iglesia. El reino de Dios es el reino de la pobreza, que no es miseria, barro o limitación, sino Bondad absoluta, Amor absoluto que se manifiesta en un reino de gratuidad. Es el único reino hecho de pobres, de los que lo han dado todo, de los que dejan de ser, para ser Cristo en ellos. No temas, porque su pobreza es gozosa, es el Amor perfecto del abandono, del desprendimiento, del olvido, de la gratuidad. Cristo, el Pobre, es Amor gratuito. Ahora entiendo que la pobreza, que es toda de Cristo, es siempre pobreza oblativa y que la infinitud de la pobreza es gratuidad”.

En efecto, el pobre no puede comprar nada, si se le ama hay que regalárselo todo. Otra forma de expresar todo esto, muy grata a Julio en su predicación, es utilizando la categoría del Reino de Dios. He aquí lo que dice en una charla dada en Burgos: “ El Reino de Dios es algo exclusivo de Dios. No se puede merecer por ningún esfuerzo, ni ningún tipo de plan. No se puede atraer, como los fariseos que hacían determinadas penitencias para atraer o adelantar el Reino. No se puede calcular, o sea, esperar que el Señor venga precisamente por esa puerta de ahí. Como hemos cerrado todas las demás, pensamos: tiene que ser por esa. Pero no será así; si lo esperas por la puerta vendrá por la ventana, y si lo esperas por las dos, entrará por las paredes. Es siempre una sorpresa. Si quitamos la sorpresa de nuestra salvación no hay salvación. Y si la hay es por la misericordia que tiene de los pobres, no por nuestros cálculos. No se puede tampoco organizar su llegada. El último retiro lo hicimos así y salió fenomenal, luego ya están claras las pautas a seguir. Empaquetamos el producto y a venderlo en el quiosco de la esquina. No se puede proyectar, no se puede nada. Entonces, si no se puede ni merecer, ni atraer, ni calcular, ni organizar, entonces qué. Pues bien hermanos, lo único que se puede hacer es heredarlo, recibirlo, acogerlo, esperarlo, estar con las manos tendidas en su busca.

Algunos dirán, esto es pasividad, ¿no podríamos ayudarlo de alguna manera? Lo único que podemos hacer es creer, creer que tus obras no agradan a Dios, creer más en el poder de Dios que en tu poder. Contemplad toda la figura de Abrahán. Debemos pues, destruir la confianza en el propio rendimiento y creer que Dios actúa allí donde se agotan las posibilidades humanas, para que toda la gloria sea suya. Esta es la historia de la salvación de Israel, y la de todos nosotros. Si confiesas tu impotencia, tu enfermedad, tu neurosis... si aceptas tu situación y clamas, él te salvará. En el Reino de Dios sólo entran los pobres”.

Julio creía que aquí está el punto flaco de la predicación actual. El pueblo no es llevado a las fuentes de la gratuidad para beber el agua de la salvación con gozo. Predicamos virtudes, ética, comportamientos sociales. Predicamos humanismo cristiano. Predicamos esfuerzo, exigencia, confianza en uno mismo, propósitos, obligaciones.

Predicamos conversión, pero conversión a estos valores, es decir, a nuestras propias obras, a un mayor esfuerzo y exigencia de nosotros mismos. Y estas cosas, en vez de ayudarnos, nos estorban, pues no nos permiten ser niños, no nos permiten esperar todo de Dios. Nos impiden incluso dar gloria a Dios, pues tenemos que repartirla con nosotros mismos, ya que hemos hecho un gran esfuerzo por salvarnos.

Realmente creer en la gratuidad es muy difícil. Es fácil en teoría, pero en la práctica se requiere haber muerto a muchas cosas. Por eso los pobres, los quebrantados, los humildes, los que no esperan nada de nadie, los que no tiene nada, son los que más cerca están del Reino, pues son los únicos capacitados para entender la gratuidad. La gente necesita obras. Algo objetivo en lo cual salvarse, reconocerse a sí mismos, realizarse, encontrar seguridad y darse la buena conciencia de haber hecho algo en la vida. Y esto para las cosas del mundo puede ser que valga, pero ante el Reino de los cielos, es exactamente lo contrario. Por eso es tan difícil predicar, pues tienes que enfrentar a la gente con la irracionalidad de su racionalidad y esto ni se entiende.

Julio en esto, a mí y a otros, nos ha enseñado un montón. Él tuvo un don de fortaleza en la predicación, excepcional. Se sintió salvado gratuitamente, como Pablo, y lo predicó por activa y por pasiva. Y él, que renunció a las obras, se encontró al final con las manos llenas pero no de las suyas, sino las del Espíritu Santo que le utilizó como instrumento y que es el único que salva, cambia, renueva y santifica todas las cosas.

Oración

La oración fue la respiración de su alma. En un Reino de gratuidad como éste en el que creía Julio, la postura más normal es la de esos pobres a la puerta del metro, con la mano extendida pidiendo su moneda. A Dios hay que pedirle continuamente su Espíritu Santo. El Espíritu Santo es “la promesa del Padre”, el don por excelencia, el amor de Dios derramado en nuestros corazones. “Danos Señor tu Santo Espíritu, envíanos tu Espíritu Santo. Con él se nos da todo”.

En la oración se encuentra el secreto de la vida espiritual. El cristiano tiene que orar incansablemente. Si todo lo recibe de Dios, es lógica la actitud de petición como un niño, de espera, de escucha, de acción de gracias, de adoración, de alabanza. Al final esta oración, es ya una forma de vivir, un estilo de vida que es toda entera plegaria. Interiorizar la oración es percibir que Dios mora dentro de ti. A partir de ahí ya no se hace más oración, surge espontánea y es el Espíritu el que ora dentro de nosotros, a veces con gemidos inenarrables.

La oración para Julio era una verdadera droga. En cualquier momento libre sabías que estaba orando. Era su vida. Oraba con los novicios en cualquiera de las alfombras de la iglesia y a las horas más extrañas. Tenía un grupo de novicios que le seguían con facilidad o le precedían. Oraba con los grupos que había formado en Ocaña y antes en Madrid. Oraba en las entrevistas con cualquier persona. Hacía su oración personal en la habitación.

Al final ya no oraba él: su interior era una fuente que manaba oración por sí misma. Los días que estuvimos en Lanzarote se levantaba diariamente “a ver salir el sol” -eso me decía- y se marchaba a orillas del mar con su Biblia roja bajo el brazo. Estoy seguro que no era ningún tipo de romanticismo lo que le movía a dejar la cama tan temprano. Toda la vida había sido un dormilón, lento para acostarse pero lento también para levantarse.

La oración coral que consiste en un recitado más o menos solemne de salmos fue una dura prueba para él. El Señor permitió que durante mucho tiempo fuera esta oración para él de una sequedad absoluta. Esto hasta el punto que, a excepción de los dos últimos años, llegaba a no hacerse demasiada violencia para ir a coro y se lo corría sin demasiados problemas. En la última época de su vida el Señor le obligó en su interior a aceptar la pobreza de este tipo de oración y a una fidelidad mucho mayor en el cumplimiento de esta y otras observancias. Pero fue obligado desde su interior como consecuencia de una pobreza de espíritu que le barrió los restos de sus ideologías y de sus inclinaciones naturales.

Lo mismo le sucedió con el rezo del Breviario, obligatorio por ley. Por carácter y como consecuencia de la época que le tocó vivir Julio no era muy sensible a las obligaciones legales. No era desprecio sino falta de descubrimiento personal de las motivaciones y bondad de lo mandado. No hay que olvidar que su educación en la vida religiosa se realizó en una época de protesta y rechazo contra una serie de elementos estructurales y legales. Incluso de rechazo de la ley por sí misma. El Señor, sin embargo, le infundió un fuerte sentido de Iglesia y con ello el descubrimiento de una serie de elementos objetivos que empezó a apreciar. Llegó a amar con toda su alma a la Iglesia tal como es actualmente. Nunca se me olvidará una homilía a los chicos de La Laguna, hace un par de años, sobre el sentido eclesial de la confesión y tampoco se me olvidarán las confesiones que se siguieron.

En la Renovación carismática encontró un cauce a su medida para desarrollar su necesidad de oración compartida, viva, espontánea, donde el Señor fuera el centro y donde los corazones no quedaran velados detrás de unas fórmulas que se saben de memoria. Necesitaba a los hermanos para vivir juntos una vida de fe común, en un espíritu común y en un crecimiento común. En Julio de 1.979 escribe a una chica: “Ya no pueden quedar en ti las maravillas del Señor. Yo, a veces, me he sentido sólo en el grupo, porque apenas recibía de vosotros la vida que el Señor os estaba dando. Si por timidez apagamos, o no dejamos que pase la vida del Señor a través de nosotros, alguien muy cerca, morirá de frío.

Sí, no sabéis lo que significa para mí oír, escuchar como vivís semana a semana lo que el Señor va haciendo. Pero ya sé que no tengo derecho a exigir nada para mi satisfacción personal. Pero sí tengo derecho a predicar y a gritar incluso, lo que es el plan de Dios para su pueblo puesto que ésta es la vocación a la que he sido llamado. No me asustan los problemas que hay en el grupo; puedo sufrir la falta de fe de cada uno, pero lo que más me cuesta es no recibir de vosotros lo que tanto necesito, vuestra fe. Tu fe, la

mucha o poca de cada uno. ¿De dónde recibir el aliento de una comunidad si no se comparte con todos la vida del Resucitado?”.

Conoció la Renovación Carismática y empezó su crecimiento en el grupo Maranatha de Madrid. La niña de sus ojos fue el grupo de La Rosa de Sarón del cual fue alma y sacerdote. Este grupo se inició en 1.977 pero, durante tres años, vivió en una pobreza extrema. Más de una vez nos encontramos en la oración semanal él y yo solos. Normalmente se componía además de dos chicos y cuatro o cinco chicas muy jovencitas. Siempre ha sido un grupo de oración pobre, pequeño en número, pocos carismas en apariencia y nada que llamara la atención. Desde Marzo de 1.980 el grupo aumentó algo en número, casi sólo chicas, y poco a poco ha ido viniendo alguna persona mayor. Pero el crecimiento interior desde esa fecha ha sido enorme. Es muy desconcertante, pues la oración semanal sigue siendo pobre y sin ningún especial atractivo. Ha tenido el grupo una fuerte convivencia, una gran amistad entre todos y pienso que la santidad personal de Julio ha arrastrado a una serie de personas por sus mismos caminos. Al ver el fuerte crecimiento interior de algunas personas Julio más de una vez me había comentado: “Aquí alguien tiene que morir, para fecundidad de todo esto”. La verdad es que siempre pensamos que eso le podía suceder a alguna de las chicas jóvenes más enganchadas, pero el Señor nos ha sorprendido una vez más llevándose a Julio.

La experiencia de la formación de un grupo así es muy constructiva. Julio, ayudado por la comunidad, ha crecido en la oración hasta hacer de ella la vida de su vida. Y el Señor se derramó en su vida hasta llevarle a la muerte. Cualquier cosa referente a la oración le atraía. Fue tres veces a Taizé para hacer la semana de silencio contemplativo. Un cursillo sobre oración fue el motivo del viaje que le causó la muerte. Los retiros que daba, incluso las clases en profesional, en Ocaña, no eran clases de religión dadas a la inteligencia, sino experiencias personales que terminaban en la oración con los chicos. Me hizo gracia una vez que estábamos todos atentos a la TV escuchando un discurso político en una moción de censura que le pusieron en el Parlamento al presidente Suárez. Se me acerca Julio al oído y me dice: “te das cuenta que alfombras más buenas tienen ahí para hacer oración”...

En su habitación, en la parte de dentro, tenía una alfombrita en el suelo, una o dos Biblias abiertas, unas lucecitas preparadas para dejarlo todo en penumbra y la guitarra a la derecha, todo ello presidido por una gran cruz del Cristo glorioso bizantino. Ahí, sentado en la alfombra, oraba; ésa era su capilla personal. De allí salía casi siempre que llamabas a la puerta, las pocas veces que se le encontraba en la habitación. Al final todo era oración pues se dio cuenta que recibía de ahí, no sólo la fuerza para la predicación sino las palabras, ideas, experiencias. Su oración era contemplativa y recibía del Señor de una manera infusa el alimento que le daba la vida.

Una tarde del mes de abril, su último abril, Merche le hablaba algo sobre la muerte. Esta chica tiene 20 años. Julio le dijo: “Si tienes la suerte de ver cara a cara a Dios antes que yo dile que...que...que le quiero”. Por aquellos días también le dijo a la misma Merche: “El Señor me ha bajado a la bodega y me ha dado a beber su vino”. El Señor le bajó a la

bodega y le emborrachó. Lo que eso signifique sólo él lo ha sabido. Pero las apariencias externas eran de estar borracho y no de vino. Con esa frase hacía referencia a una estrofa de San Juan de la Cruz que comentó conmigo un día en la habitación:

*En la interior bodega,
de mi Amado bebí; y cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía
y el ganado perdí que antes seguía*

Realmente bebió en la interior bodega de su Amado y cuando salía a las cosas de este mundo daba la impresión de haberlo olvidado todo y de perder todos los ganados y todas las sendas. Nunca se me olvidará cuando hace unos dos años se enteró de la existencia de esta estrofa. Se le iluminaron los ojos de alegría y sin duda se veía reflejado en ella. En él se cumplió una frase de una chica de la Rosa: “A los borrachos, dadles vino”.

Le gustaba mucho leer un anónimo inglés del siglo XIV titulado: “La nube del no-saber”. Y es que su oración, superados los niveles de la palabra, de la imaginación, de la inteligencia e, incluso del afecto, entraba en la región del no-saber, del silencio contemplativo. A estas alturas la oración ya es pasiva; no haces oración, la oración se hace en tí. Para que sea esto posible el Señor tiene que vaciar tus potencias no sólo de cualquier atractivo, sino incluso de sus objetos naturales. Entonces te enfrentas con el vacío, el silencio o la tiniebla, como quiera llamarse. Hay en esta oscuridad un misteriosa atractivo que te mantiene en oración a pesar de la sensación de vacío y pérdida de tiempo. Después llega un momento en que empiezas a recibir alguna noticia y percibes la comunicación de Dios a nivel de espíritu, envuelto en mucha oscuridad y sin evidencia de nada, pero con una gran certeza que se transforma en testimonio interior. Poco a poco los diversos dones infusos empiezan a ser el alimento del alma progresando de claridad en claridad hasta llegar incluso a sentir la presencia de Dios habitando en tu propio espíritu.

En Julio la oración era ya infusa desde hace años. Al exterior se expresaba frecuentemente en lenguas, en silencio contemplativo, en oraciones de aclamación, o en cualquiera de las diversas formas más o menos exuberantes de la alabanza. El Señor se le reveló en la oración, y esto fue para él el mayor gozo. Pero el Señor no siempre se revela en el gozo: hay también desiertos, incertidumbres e incluso miedos. Esta palabra miedo, miedo en el espíritu, entraba dentro del vocabulario de Julio. No sé exactamente la profundidad que haya podido tener en él, pero está sin duda relacionado con duras pruebas de fe.

En la dimensión del Espíritu

El Espíritu de Dios es amigo de nuestro espíritu. Esta es una experiencia muy querida y repetida por Julio. Es en nuestro espíritu donde el Espíritu de Dios y toda la

Trinidad hacen morada. Aquí se celebra la boda. En una charla, con frecuencia repetida por Julio, hablaba de esto de la siguiente manera:

El hombre se compone de tres partes: cuerpo, alma y espíritu.

- a) el cuerpo, es lo que entendemos ordinariamente por cuerpo
 - b) el alma, es la parte del ser humano que comprende todas las facultades psicológicas : inteligencia, voluntad, imaginación, emociones, deseos, etc.
 - c) espíritu, es la parte espiritual del hombre que no se actúa por si misma a no ser movida por el Espíritu de Dios.
- Las dos primeras áreas constituyen la carne.

Esta es una división que se hace en orden a comprender nuestras relaciones con Dios. El espíritu es como un lugar que antes del pecado original estaba habitado por Dios. El ser humano entonces estaba gobernado desde el espíritu, no por si mismo sino por Dios, y había una armonía perfecta entre el espíritu y la carne. El pecado ha dejado al hombre a merced de sus propias fuerzas. El espíritu ha quedado adormilado, sin función, y han tomado el mando del ser humano las facultades carnales, inteligencia, emociones etc.

El ser humano es como un barco. Este se compone de tres partes: el casco material, los marineros y el capitán. Si en la navegación el capitán se muere o le pasa algo toman el mando los marineros. Pero como los marineros no están preparados para ejercer las funciones del capitán todo marcha mal y el barco va a la deriva. Aparte de esto, los marineros se pelean entre ellos porque todos creen tener razón.

Este ejemplo que Julio leyó en algún sitio, lo aprovechaba en sus charlas para subrayar la necesidad de la dimensión espiritual en el hombre. El hombre sin Dios en su vida es un barco a la deriva. Y como a la deriva se pasa muy mal la humanidad unas veces nombra capitán a la inteligencia, pero las cosas siguen sin marchar bien, entonces cansada de la inteligencia o razón, nombra capitán a las emociones, y las cosas marchan peor aún. Esta es la imagen de nuestro mundo lleno de toda clase de violencias, incertidumbres, y oscuridades sin encontrar nunca el camino verdadero.

Sin embargo, Jesús es el Salvador de la humanidad y nos envía su Espíritu, que es amigo de nuestro espíritu, y da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. El Espíritu de Dios en nosotros va a hacer que nuestro espíritu tome el mando de nuevo y se aquieten las peleas entre los marineros y el hombre recobre su armonía primitiva de hijo de Dios. De todas formas el peligro de la manzana y la declaración de autonomía siempre están al acecho.

Julio ha sido un maestro en la vida del espíritu. (Son tan amigos nuestro espíritu y el Espíritu de Dios que al poner la palabra espíritu no sé si hacerlo con mayúscula o minúscula.) La actitud contemplativa que ha tenido en su vida, no ha consistido en otra cosa que en saborear esta amistad con el Espíritu de Dios. Y en acoger su actuación, sus

dones y todas sus manifestaciones. Acogida total al Espíritu de Cristo en nombre de esa íntima amistad. Y entonces Jesús le hizo semejante a él, un hombre espiritual.

Vivir en la dimensión del espíritu es vivir en un mundo nuevo, cualitativamente distinto del normal humano. Sin destruir en nada nuestra naturaleza ni sus distintas operaciones las eleva a una dimensión de gracia y de don, donde el ser del hombre es actuado y dotado de unas actitudes transformadas. Es un modo de actuar que los teólogos llaman deiforme, porque es ya el Espíritu Santo el que toma la iniciativa, y aunque las operaciones sean materialmente humanas, su dinámica y forma interior proceden del Espíritu. Un acto de conocimiento, por ejemplo, se realiza con la inteligencia humana, pero cuando es actuada por el don de inteligencia, el fondo del misterio no parece como la concordancia entre sujeto y predicado, sino como una noticia sabrosa que ilumina desde dentro el ámbito del misterio. La luz con que se entienden las cosas es distinta, y la del don que es una luz recibida, una luz divina, produce una interior claridad que se percibe experimentalmente y se grava en el espíritu como algo indeleble. El espíritu crece en la noticia recibida e incorpora lo recibido como parte de sí mismo.

De este modo, vivir en el espíritu es vivir una vida nueva dotada con unas experiencias propias de esa dimensión y que se pueden considerar como la culminación de la experiencia humana. Al final, la vida de Julio entera era vivida en esta dimensión. El efecto al exterior es el de una personalidad arrebatada, atraída como por un misterioso imán interior, como presa de una atención cautivante. Pasa por las cosas como de puntillas, su amor es en la dimensión del Reino. Aparece como un ser un poco lejano pero, al mismo tiempo, su actividad es desbordante y muy cercana por el gran don de compasión. Cautiva no por sí mismo sino por la fuerza de un misterio que se presiente en él.

Conocer en el espíritu es muy distinto de conocer en la inteligencia. Hasta el punto de que el Señor pueda cambiarte la mentalidad sin tocar ni una sola de tus ideas. El amor en el Espíritu, igualmente, funda unas relaciones nuevas entre los hombres. Tomemos la amistad entre un hombre y una mujer por ser más expresiva. Realiza la unidad en los intereses, la alegría en el compartir y en el estar juntos y funda una comunicación de una gran intimidad. Pero no es en la carne ni en la sangre. No hay ningún tipo de idealización ni por lo tanto de enamoramiento, porque no se da esa amistad a nivel de la emoción. No hay atractivo sensible (a no ser derivado) ni va acompañada de nostalgias y añoranzas sentimentales. No existe afán de posesión. No genera siquiera inclinación sexual; hay como una especie de anestesia a ese nivel. Aunque por otra parte pueda haber inclinación sexual hacia otras personas, generalmente conocidas anteriormente, y que se hacen presentes en la imaginación. Cuando por primera vez experimentas una amistad en el espíritu, te es a ti mismo sorprendente. No sabías que podía existir tal cosa. Pero esto es obra de Dios. Y aunque desde fuera haya críticas, uno sabe que son improcedentes, y se actúa con gran libertad.

En la misma línea vivir la comunidad o la Iglesia en el espíritu es algo más que pertenecer a una sociedad religiosa perfecta fundada por Dios. En el espíritu todo se vive como un don que genera agradecimiento. La Iglesia es el Espíritu de Jesús uniendo en una

misma experiencia salvadora a gentes de diversos orígenes y procedencias. Se manifiesta en una unidad, amor y obediencia espiritual de unos con otros. Se estructura según los diversos carismas y sacramentos que el Señor da. Pero todo es don, todo regalo. Tampoco es en la carne ni en la sangre. Entonces uno no critica, agradece. Uno no se sale de la Iglesia, al contrario, ora para que la Iglesia no le deje a él. Se desea mamar de sus pechos abundantes, donde está todo el don de Dios concentrado. La Iglesia en el Espíritu es una experiencia maravillosa de comunidad, de plenitud y de unidad en un mismo Espíritu.

Todo esto he intentado explicarlo para formular de alguna manera la dimensión en que vivió Julio y entender un poco más su personalidad. En estos niveles, uno ya es una obra del Espíritu y deviene un instrumento dócil. Para Julio la dimensión del Espíritu es un nuevo Reino, una nueva realidad, mejor dicho es la realidad. Descubrir esto es la única tarea importante de la vida. Al final toda su actividad se encaminaba a poner a los demás en actitud de poder descubrir esto, mejor dicho en actitud de poder ser actuados por el Espíritu Santo. En el interior de este Reino el único agente es el Espíritu Santo.

No recuerdo apenas haberle oído una conversación de política; creo que la última vez que leyó los periódicos fue con motivo del 23F. Este intento de golpe militar, sí le impresionó un poco, por la sencilla razón de que para Julio, cualquier actuación contra la libertad le dolía. Donde está el Espíritu hay libertad y sólo donde hay libertad hay Espíritu. Nunca tampoco una conversación sobre fútbol -a no ser en bromas-. Ni sobre dinero, ni sobre proyectos puramente humanos. Ni sobre aspectos intelectualistas de las cosas. Ni entró nunca en el mundillo interior doméstico del convento. Y esto no por rechazo ni siquiera porque considerara estas cosas menos importantes, simplemente se debió a que fue sacado de ese ámbito de intereses por la fuerza interior que le poseía. Él era de una humanidad muy amable. Su conversación, sobre todo los últimos meses, fue únicamente con Dios, de Dios o de las cosas de Dios, por ejemplo las relacionadas con el ministerio, la oración etc.

Siguiendo el esquema de la Teología espiritual clásica voy señalar algunas de las gracias que aparecieron más marcadas en su personalidad. Las virtudes teologales son el primer efecto del Espíritu Santo derramado en nuestros corazones. La fe en Julio lo era todo. El ámbito sobrenatural de lo que se cree y se espera era el centro de todos sus intereses. La fe era su vida: "El justo vive de la fe". Una fe no abstracta ni producto de ninguna teoría. Como el pueblo judío, creía en un Dios que le había salvado.

Acerca de su amor se hablará más tarde pero se puede adelantar que él, en lo que de verdad creía era en el Amor de Dios por todas sus criaturas, en especial por el ser humano. Predicaba ese amor, se entregó a ese amor, y dejó que ese amor pasara a través de él a los demás. No creía en su propio amor, sino en el Amor de Dios que se derrama en sus hijos. Quería transmitir a todos la salvación que Dios Padre nos ha regalado en su Hijo Jesús. Su mayor gozo era el ver a personas tocadas por ese amor de Dios cuya vida experimentaba la libertad.

De los siete dones del Espíritu quiero subrayar en Julio, tres. El primero el don de sabiduría que lo ve todo y todo lo entiende en Dios y desde Dios. Había entrado en el tiempo de Dios, en la paciencia, en la paz, en la voluntad de Dios. Quería ver a la gente como Dios la veía, con la misma mirada de Dios. Por eso alguien quiso orar al borde de su tumba: “Te doy gracias, Señor, por la misericordia y el perdón que Julio me ha dado siempre”. Otro de los dones que me asombró frecuentemente fue el don de inteligencia. Su maravillosa e infusa comprensión de los misterios de Dios. De esto tenía un verdadero conocimiento en el Espíritu. Julio no fue un gran estudioso, pero sí un gran contemplativo. Pronto se dio cuenta de que en la oración aprendía más y se entendían mejor los misterios que estaba viviendo y tenía que predicar. Primero le llegaban las cosas de una manera infusa, después estudiaba y preguntaba mucho a los especialistas para confirmar la experiencia interior e interpretarla dentro de la fe y experiencia de la Iglesia. Hubo épocas en que casi diariamente venía a mi habitación a contarme lo que se le había revelado en oración.

Otro don destacadísimo en Julio fue el don de fortaleza, en especial en la predicación. Hemos sido muchos los que amparados en su fortaleza hemos proclamado la Palabra de Dios. Nunca se echó para atrás en nada, se le encargara lo que fuera. Realmente se aceptaba como un instrumento pobre y los resultados se los confiaba a Dios. Recién ordenado sacerdote tuvo que dar diez días de ejercicios a unas monjas de clausura, sin posibilidad de preparación. Lo pasó muy mal, incluso necesitó llamar tres veces a Alcobendas buscando un poco de aliento, pero el Señor obró maravillas, a pesar de que la comunidad en un primer momento se llenó de asombro al ver que le habían mandado como predicador de ejercicios a un chaval de 24 años, en pantalón vaquero, y con la Biblia y la guitarra como únicos instrumentos de apostolado. Su fortaleza interior para predicar la palabra sin acomodaciones fue proverbial.

Entre los carismas de que fue dotado quiero destacar algunos. El de la santidad, como carisma, es decir como elemento para construir la comunidad o Iglesia. La santidad de Julio, la experiencia íntima que transparentaba, cautivaba a la gente y la hacía crecer. El rostro de Julio en una Eucaristía hacía experimentar la presencia de Dios. De este don dan testimonio miles de personas de toda España. Otro carisma, como miembro de la Orden de Predicadores, fue el de predicador. De esto hablaremos un poco más adelante. Tuvo el carisma de la profecía, no muy frecuente, pero sí intenso, a veces entre lágrimas. Son muchos y muy interesantes los casos de curación interior que el Señor ha obrado por medio del ministerio de Julio. Incluso después de muerto ha habido verdaderos bautismos en el Espíritu. Los carismas de oración ya han sido mencionados. Su alabanza en el espíritu, con o sin guitarra, en lenguas o en palabra, alguna vez rara en lágrimas, sostenía la oración de la comunidad.

Finalmente los frutos del Espíritu en Julio fueron evidentes. Destacamos en primer lugar la paz. Fue un hombre reconciliado consigo mismo y como consecuencia vivía en una paz profunda. La esencia de la paz está en la superación de todos los motivos internos de división y discordia interior. Julio fue sanado por el Espíritu en la raíz de su espíritu y esta

abundancia de vida cubría o curaba sus actitudes de pecado y todo el lastre que éste, personal o estructural deja en nosotros, como son traumas, resentimientos, recuerdos, etc. No creo que Julio tuviera apenas nada de esto y lo que pudo tener fue absorbido por la nueva vida que en él brotó como una fuente. Por eso, de su paz bebía mucha gente.

Cercano a la paz está otro fruto del Espíritu que se llama mansedumbre. Toda agresividad había desaparecido de la vida de Julio. Lo mismo cabe decir de la paciencia. Combinaba maravillosamente la paciencia con una tenacidad inquebrantable para las cosas del Reino de Dios. Se pasaba el día entero empleado en algo concerniente a las cosas de Dios. Como frutos del Espíritu destacaban también su amistad, su alegría, su desenfado, y creo que también su lentitud, que a veces me ponía a mi negro, era fruto del Señor. Al menos mis prisas, seguro que no lo eran. Quiero destacar igualmente su relajamiento y su falta de tensión nerviosa. A veces la multitud de llamadas, de personas que acudían a él, de trabajos comprometidos, de nuevos trabajos que le proponían, le hacían sentirse como un poco perdido hasta que en la oración recobraba el equilibrio. Era de una gran humanidad. Entraba en todos los sitios y trataba con todo clase de gentes con una madurez de persona muy mayor. Y si le invitabas un día a comer o a cenar en cualquier restaurante, no hacía ningún escrúpulo; al contrario, se encontraba muy a gusto y decía que veía todo más claro. Si tenía dinero pagaba con toda esplendidez, pero casi nunca pagaba.

Todas estas cosas Julio las ha vivido no sólo a nivel de frutos del Espíritu, sino de auténticas bienaventuranzas. Estas son unas actitudes que caracterizan y definen la culminación de una personalidad cristiana.

Predicación

En las navidades del 80-81 Julio estuvo en Roma con motivo de una concentración de jóvenes de Taizè. Le acompañaron algunos de la Rosa de Sarón. Con esa ocasión visitaron en Santa Sabina la celda de Santo Domingo de Guzmán. Julio, sin ningún respeto humano, nada más entrar, se arrodilló y besó el suelo un rato con los ojos llenos de lágrimas. El carisma de Domingo, fundador de los Predicadores, le había penetrado hasta el centro de sí mismo. Muchas veces en oraciones espontáneas que hacía con otros dominicos oraba: “Espíritu Santo, infúndenos el carisma de Santo Domingo. Haznos hijos suyos”.

En el convento de Alcobendas, donde pasó prácticamente su vida entera de dominico, fue descubriendo, poco a poco, este carisma. La historia de la Orden le interesó vivamente y llegó a pensar, incluso, en escribir algo sobre el carisma del predicador. El tema de su tesis de licenciado fue sobre los carismas de los fundadores en Filipinas de la Provincia de Ntra. Sra. del Rosario a la que pertenecía él. La lectura de estas crónicas primitivas llegaron a emocionarle e, incluso, le sorprendieron, ya que él no se esperaba tanta riqueza como encontró. Decía: “¡Qué mina he encontrado, qué maravillas!

Empezó su labor apostólica apenas recibida del Señor la gran experiencia de salvación de que hablamos al principio. Organizó varios grupos juveniles, una coral de

canto y otras cosas por el estilo. Fue en la Renovación carismática donde encontró un cauce amplio a su predicación. A través de los grupos de oración se insertó de lleno en el pueblo cristiano y bebió de la fuente de donde brotan todos los carismas, que es la Iglesia de Cristo. Es doctrina segura que los carismas crecen con su ejercicio y la verdad es que Julio lo ejerció hasta el límite de sí mismo. En dos años y pico como sacerdote ha dejado una estela y una labor apostólica que, aparentemente, requeriría muchos años más.

El mismo día del accidente confesó a unos sacerdotes con los que se había reunido: “Me siento en la plenitud de mi sacerdocio”. Y, realmente, al final su actividad empezaba a ser desbordante. No llegaron a cuarenta los días que estuvo en Ocaña y, ayudado por los novicios, formaron un grupo de oración, sobre todo de jóvenes, en el que se reúnen decenas de personas. Y lo más importante no es el número sino la calidad de los testimonios que hemos escuchado a esos chicos y chicas. Los jueves, las clases de religión de Profesional, terminaban yendo al convento a hacer oración. En Ocaña nunca se vió cosa igual en los últimos tiempos. En proyecto tenía entrar en el penal con los jóvenes de Ocaña y lanzarse a la evangelización de la juventud de todos los pueblos vecinos. Precisamente para eso se reunió con los sacerdotes de esos pueblos el día del accidente. Todo esto lo simultaneaba con una labor de predicación a nivel nacional dentro de la Renovación carismática. También dentro de la Orden dominicana, en especial a las monjas, a veces de clausura. Colegios de chicas, Institutos, etc. Hasta para los niños de catequesis él y su guitarra tuvieron un don especial.

Todo esto es muy importante, pero aquí lo que de verdad interesa es la fuente de donde brotaba esa actividad. Y esa fuente no es otra que la continua contemplación de la Palabra de Dios. Creía con toda su alma en la Palabra de Dios. La Palabra de Dios interpretada por la fe de la Iglesia era toda su fe. Se imbuía de ella en la oración, siempre con la Biblia en la mano. Preguntaba, a veces como un niño, a todos los que sabían algo acerca de la Biblia. Él sabía que en los grupos neocatecumenales se cultiva mucho la catequesis basada en la Palabra de Dios y también en ellos se enriqueció lo que pudo. A este estudio y ansia por la Palabra de Dios obedecían sus idas a Taizè y, en general, a cualquier sitio donde pudiera encontrar Vida de Dios vivida.

Este estudio y contemplación de la Palabra de Dios culminaba en la celebración de la Eucaristía. “¡Cuánta indignidad, Dios mío!” Y lloraba a veces con toda su alma. Pero él lloraba no tanto por su indignidad como por la infinita dignación del Padre al entregarnos a Jesús como redención y rescate cuando éramos enemigos. Ese supremo acto de alabanza de Jesús al aceptar la voluntad del Padre hasta la muerte, le volvía loco. Alabanza real, alabanza verdadera, hasta la muerte. También Julio deseaba la Pascua; había aprendido a desearla día a día junto a su amigo Jesucristo y el Señor se la regaló bien pronto.

En estas fuentes bebió Julio el contenido de su predicación que, por lo tanto, va a tener una serie de características que vamos a subrayar. La primera característica la enunciamos con una frase suya: “A la Palabra de Dios no hay que ponerle aceite”. No hay que ponerle aceite para que entre bien. Hay que predicarla tal como es, sin acomodaciones,

sin florituras, sin ideologías. Si la Palabra escandaliza no hay que suavizarla; al contrario, el predicador debe agudizar la irracionalidad o locura de la predicación. Se predica a Cristo crucificado y nuestro bautismo en la muerte de ese Cristo. Esto escandaliza a los judíos, a los griegos y a los españoles. En ese escándalo a nuestra razón, a nuestra comodidad, a nuestra autonomía actúa el poder de Dios y convierte. Fuera de eso la fuerza de la Palabra queda disminuida y no hay conversión. Todo queda igual, y se sigue predicando por años sin que cambie una brizna en la vida de nadie. La responsabilidad por la Palabra llenaba a Julio de temor y temblor. A veces comentaba un hecho de Santo Domingo: Se cuenta que cuando iba a predicar a un pueblo, antes de entrar oraba al Señor diciendo: “Señor, no castigues a este pueblo por mis pecados”. Esto, Julio lo refería a la predicación en el siguiente sentido: “Señor, que mis pecados no disminuyan la fuerza de tu Palabra que voy a proclamar, y que este pueblo reciba de lleno el fruto de tu Palabra. Que por mi culpa no quede en la oscuridad y en la esclavitud del Maligno”.

La Palabra es la espada del Espíritu y Julio no quería suavizar en nada la gravedad del corte. Una vez, recién ordenado sacerdote, dimos los dos, ejercicios, dos días a sesenta chicas de 3º de BUP. La predicación fue directísima, lo mismo que la oración. Nada de los temas socorridos del momento, como por ejemplo: la responsabilidad, padres e hijos, chicos y chicas, aborto, divorcio, o algo semejante, sino que se predicó directamente la muerte de Cristo, nuestra muerte en todo, conversión, el don del Espíritu Santo, etc. Al segundo día las dejamos una hora para que expresaran sus opiniones o testimonios. Nos pusieron perdidos... Una se levantaba y decía: “Porque yo he vivido hasta ahora, ¿no?” Otra: “Sí, yo admito que el Señor me ayude, pero soy yo, yo, yo”. Llegó la cosa a tal punto que les empezó a dar lástima de nosotros: Yo estaba un poco desazonado porque Julio era muy nuevo y no sabía cómo podía reaccionar ante semejante chaparrón de agresividad. En un momento que pudo, sin embargo, me tocó con el codo y me dijo por lo bajo: “¿Te das cuenta lo que hace la Palabra de Dios?” Me quedé tranquilo. Al subir después de la media hora de descanso yo tenía pensado suavizar un poco las cosas y decirles que esto hay que entenderlo así o así... Julio me dijo: “Déjame hablar a mí”. Yo no sabía lo que iba a decir. Cogió la 1ª a los Corintios, capítulo 2: “Yo no he venido a predicar con palabras de sabiduría humana...” En vez de suavizar, agudizó todavía mucho más la dureza de la Palabra. Durante tres cuartos de hora el silencio se cortaba con un cuchillo. En algún momento pensé que las chicas se nos iban. Pero no fue así, todo lo contrario. El Señor obró maravillas y siguen todavía después de dos años.

Estas maravillas nos introducen a otra de las características de su predicación: predicaba con Poder. ¿Qué quiere decir esto? Jesús envió a sus discípulos a predicar y a curar y liberar a la gente. A la predicación, por lo tanto, deben acompañarle los signos. Santo Tomás confirma esto con naturalidad: “Sucedía esto así porque en la predicación, la única clase de pruebas de la fe que tenemos son los signos. Por eso siempre que predicamos las cosas de arriba, no podemos usar pruebas filosóficas para probarlas, sino los signos y milagros que se siguen como confirmación del mensaje”. Y sigue el Santo de Aquino: “Hay dos clases de signos: uno cuando se resucita a un muerto o se sana a un enfermo, y otro cuando el predicador es tan sorprendente como ser humano, que no se

puede explicar con palabras humanas. Entonces el predicador del evangelio en su testimonio es equivalente a la resurrección de un muerto”.

Para las personas que han oído y comprendido a Julio, el primer signo de su predicación era él mismo y su vida. El testimonio de fe y de intimidad con Dios que transparentaba convertía a gente. Pero, además de eso, su palabra y la oración que hacía sobre las personas han realizado grandes curaciones y han introducido en la fe a mucha gente. Él creía, sobre todo, en la conversión del corazón y a eso iba dirigida su palabra; y la oración que hacía tenía como finalidad la curación de aquellos condicionamientos humanos del pasado que impiden creer en el amor de Dios a cada uno de nosotros. El Señor le dio a Julio una serie de signos preciosos para él y que confirmaban su ministerio apostólico, pero de esto no es tal vez llegado el momento para hablar.

La finalidad de su predicación era la liberación de las gentes. Hay mucha gente que no está liberada. Pero el hecho de predicar la liberación no libera a la gente; al contrario, cuando predicamos la liberación donde no hay liberación la gente queda frustrada y es posible que se aumente su desesperación. Entonces, de lo que se trata es de dar a las gentes un poder para ser liberados. Jesús no vino a traernos una nueva doctrina sino un poder para ser sanados, para ser liberados; pero este poder no lo tenemos en nosotros mismos.

Desde hace años Julio prescindió casi por completo de dar consejos, de hacer psicología o pedagogía, incluso de consolar a la gente; él iba derecho a pedir al Señor ese poder para que la gente que acudía a él fuera liberada. No tengo oro ni plata, ni psicología ni ninguna otra técnica, pero lo que tengo te doy. Entraba con la gente en oración y el Señor, sin quitar los problemas, derramaba su paz. La mayoría de los problemas humanos vividos en el Señor dejan de ser problemas. Y es que el hombre no puede soportar su propio peso. Nuestros dolores tienen que ser redimidos. Y ahí está el poder más grande del ministerio sacerdotal.

Finalmente, otra de las características de la predicación de Julio, era hacerla desde la pobreza de espíritu. Desaparición de la persona del predicador, convertido en puro instrumento para que no hubiera ningún impedimento a la acción del Espíritu. Julio estaba bien convencido de la imposibilidad de convertir y liberar a nadie por las solas fuerzas humanas. Imposible. El Señor es el único dueño de los corazones y la Palabra sólo convierte cuando va acompañada por la acción del Espíritu en el interior de los corazones. Esto le sume al predicador en una gran pobreza y convierte su predicación no sólo en un hablar sino en un orar y clamar por la llegada del Reino para cuantos escuchan. El Reino de Dios es sólo de Dios; es una herencia gratuita que el Señor regala, muchas veces a través de la palabra de sus ministros.

Julio oraba con muchísima frecuencia: “Señor, no permitas que te robemos tu gloria”. Y es que el predicador tiene el peligro de referir los frutos a la fuerza o al atractivo de su personalidad. Él tuvo problemas con esto porque la gente le daba mucha gloria y demasiados elogios. Y el Señor no cede su gloria a nadie. Y es bueno que así lo haga. Pero

el Señor defendió a Julio de una manera admirable dándole el don de una gran pobreza interior. De tal forma que todo su gran éxito humano no llegó nunca a afectarle el corazón.

Tampoco le afectaban demasiado las críticas. Una vez en Lanzarote, al acabar una charla de Julio, alguien nos dijo: “Me han defraudado ustedes. Lo único que siento es cómo están ustedes engañando a la gente”. Y siguió con un discurso sobre métodos orientales de oración. Julio me miró pero ni se inmutó. No se dejaba conmover ni por los racionalismos, ni por ningún tipo de ideología. Él sabía que no debía entrar en discusión y alimentar así los mecanismos de defensa de mucha gente. Tampoco le conmovían ciertos sentimentalismos, ni pretendidos dones del Señor no discernidos. Ni siquiera su propia experiencia era para él definitiva. Y es que la pobreza tiene un mensaje más profundo que el de la propia experiencia.

Sin embargo, estos últimos meses no podía predicar otra cosa que lo que estaba viviendo. Le era imposible. Cierta día tenía que coger el avión para ir a dar un retiro. Le dije: ¿De qué vas a hablar? De esto, de esto y de esto... es lo que estoy viviendo, no puedo hablar de otra cosa. Le dije: ¡Pero no ves que nadie te va a entender una palabra!... Se me quedó mirando: ¿Qué nadie me va a entender? Pues entonces tendré que cambiar... A la vuelta le pregunté: ¿De qué hablaste? De esto, de esto y de esto... Me fue imposible hablar de otra cosa. ¿Te entendió alguien? Creo que no me han entendido ni una palabra. ¿Cómo estuvo el retiro? Creo que fabuloso. La verdad es que aunque nadie le entendiera el efecto se producía. La acción del Espíritu no es necesario que pase por la inteligencia.

Pobreza de espíritu

Cierta día una mujer, al terminar Julio una charla, se acercó a él y le dijo: “Si yo tuviera un hijo como tú me volvía loca”. “Él me miró, continúa la señora, con esa mirada virginal que tenía... Todo el físico de Julio era virginal, y después de un poco me dijo: “No crea, no crea, rece por mis cosas”. Casos como éste a Julio le sucedían todos los días. Unas veces era el encanto de una misteriosa interioridad que se presentía, otras veces esto mismo mezclado con su aspecto físico, su mirar, su dulzura, la paz que se adivinaba en él y su sencillez y falta de protagonismo. Por otra parte su juventud, su sacerdocio recién estrenado, el atractivo de su guitarra, de su orar y su cantar y otros muchos detalles de su personalidad.

Este tipo de elogios en Julio despertaba invariablemente una respuesta en su interior: una mayor humildad, un sentido más profundo de su pecado y de su indignidad. En algún momento tuvo problemas con estas cosas, pero era cuando se prodigaban los piropos más de la cuenta. Y sólo en el sentido de que le molestaban porque él no percibía la razón de estas cosas. Nunca me preocupó esto en él ya que en ninguna ocasión percibí que se alimentara con ello su vanidad. Y es que el Señor había humillado a Julio en su interior de una manera increíble. “¡Cuánta indignidad, Dios mío!” La distancia entre su pobreza y la grandeza de Dios la sentía viva como un dolor.

Cuando Julio iba a confesarse, entraba en la habitación del hermano que le iba a confesar, se arrodillaba, inclinaba su cabeza hacia el suelo y, llorando, comenzaba a decir en oración: “Jesús, Jesús, Jesús...” y así estaba un rato, hasta que empezaba a acusarse de todas sus “indignidades”. Uno, ante estos hechos, no sabe lo que podría suceder en su interior, pero sí es seguro que el arrepentimiento, como un don del Espíritu, obraba totalmente en él. Tal vez no tenía grandes cosas de qué acusarse, pero el problema no eran los pecados en sí, sino el hecho de que somos pecador. Así es nuestra condición natural. El arrepentimiento en este caso, no es otra cosa que el asombro de que la grandeza de Dios se asome a la miseria del pecador. Y esas lágrimas que son de arrepentimiento, son más aún de gratitud y amor.

Julio cantaba con mucha frecuencia: “Misericordias Domini, in aeternum cantabo”. La palabra misericordia tenía en él todo el gozo del amor de Dios derramado sobre el barro. Su gran alegría era el perdón de Dios. Le oí hablar de esto cientos de veces. Pero en estas alturas la palabra perdón y la palabra amor significan la misma cosa. De todas formas él se consideraba un gran pecador e incluso necesitaba la intercesión de la comunidad o Iglesia para sentirse perdonado.

He aquí lo que le escribe a Merche en un carta: “Tendré una cierta parte de perdón si tú, que eres la mejor parte de mi ser, “no te detienes en la senda de los pecadores” (Ps. 1,1). Tú eres ante Cristo mi defensa, tú mi sagrada víctima, por la que no dudo voy a ser purificado de la inmundicia de mi pecado. Tu amor a Cristo pobre será mi indulgencia y tendré, por pequeña que sea, una esperanza de perdón, si la hermana que amo llega a las bodas de Cristo y en aquel terrible juicio en el que se discutirá sobre los hechos en el que, pobre de mí, estoy obligado a rendir cuentas de mis bienes, tú serás mi consuelo. Y el castigo que se me debe por mi pecado, tal vez se aplacará por la intercesión de tu virginidad”.

Es cierto que Julio tenía muy desarrollado el don de temor. No un temor emocional o ideológico, sino el temor que es un don del Espíritu y es el principio de toda sabiduría. Es el temor que tienen los pobres de espíritu y que no es temor al castigo sino posibilidad, por remota que sea, de perder la Vida. Este temor sólo lo tienen los que viven de la fe. No te quita la intimidad con Dios ni es contrario al don de piedad, con el que te atreves a llamar a Dios Abba, pero te da un gran respeto por la grandeza y omnipotencia de Dios.

El pecado máximo, el que duele de verdad en el centro del espíritu, es el de robar la gloria a Dios. El orgullo humano, de una manera sutilísima, llega a apropiarse los mismos dones de Dios que son para su pueblo. De este modo, uno tiene el peligro de sentirse, en algún sentido, protagonista al predicar, al perdonar, al presidir, etc. Esto que es objetivamente salvación de Dios derramada sobre su pueblo puede ser apropiada por el ministro. Aprovechar el amor con que Dios ama, libera, perdona, cura a los hombres para que estos te idealicen o te adoren a ti, para un santo es insoportable. Y esto cuando se tiene vivo el don de temor, cuando se ha experimentado la omnipotencia y a la vez bondad de Dios, duele como una culebra enroscada en el estómago. Es dolor en el espíritu que te hace

derramar lágrimas, que te cubre de indignidad y que te empuja continuamente a confesarte de ello y a gritar en oración: “Señor, no permitas que te robenos tu gloria”. Uno tiene miedo de que Dios se canse de ti, de tu torpeza, de tu manipulación de los poderes del Reino; y lo más grave es que no puedes hacer nada para evitarlo. Sólo la bondad de Dios en una última purificación del Espíritu puede arreglarlo.

En Julio se cumplía esto que acabo de escribir. Una señal de esta manipulación es cuando de alguna forma te sientes líder, cuando refieres las personas a ti y no a Dios. Julio se comportaba de tal forma cuando había peligro de exaltación por parte de la gente que parecía hasta algo lejano en el trato. Y creo que, a pesar de su juventud, nunca permitió que nadie se posesionara de él. Él se amaba a sí mismo en Dios y procuró que todos los amores que iban hacia él terminaran en Dios.

Julio, sin embargo, nunca consideraba el pecado como algo en sí, sino siempre en referencia al perdón y a la misericordia de Dios. “Ya no hay condenación posible para los que son de Cristo Jesús”. Esta suprema confianza en Dios no sólo hay que conservarla siempre sino que es la raíz y el sentido incluso de la muerte de Cristo. Por eso, la alegría del perdón alcanzado, el gozo de sentirnos salvados ya – salvación real aunque sea en esperanza – debe ser la tónica de la vida. Y él vivía continuamente en este agradecimiento y en esta seguridad. Esta alegría y confianza interior era una de las cosas más atractivas de su personalidad. El amor de Dios se define fundamentalmente como misericordia.

El considerar nuestros pecados sin referencia al perdón de Dios nos empuja a la autocompasión, a mirarnos a nosotros mismos, a la idolatría en algún sentido de nuestro propio yo. Y nos impide la posibilidad de la liberación. Una chica del grupo le escribe a Julio: “No te encierres en tu miseria, hermano mío. La sencillez que nos pide el Señor está en darse cuenta de que no necesitamos no ser miserables para recibir el Amor y tener salvación. Nuestros méritos son los de Cristo y están en Él... Nunca caigas en pensar que el día que comienza en cada amanecer es un día que ya conoces o es un día rutinario; eso es mentira, es dejar que el dueño de tu vida sea un hombre viejo ya muerto. Igual de necio es vestirse cada día con el peso de las propias culpas y miserias y encerrarse en el sepulcro sin reconocer que nuestro Dios es generoso y misericordioso, sin ver que estamos desnudos y limpios por la sangre de Jesús que trae el perdón de los pecados.

Cada día es un día nuevo en que el Señor nos da Vida nueva que Él modela y teje. Cada mañana trae la esperanza de un nuevo trabajo del Señor en su barro. Él se gozará en el barro que modela y éste en el dueño. No juzgues su obra ni ignores ni desperdicies la vida nueva de cada día, y no te vistas con algo muerto como es el peso de tus culpas ya perdonadas en Cristo”.

Nuestros méritos están en Cristo, estamos salvados en Él. Este perdón es parte del amor gratuito del Señor por su criatura. Uno no se salva mirándose a sí mismo, autocompadeciéndose, revolviendo su propia basura, pensando en su pasado, sino bebiendo la misericordia de las fuentes gratuitas del Salvador. En este caso aún el mismo pecado se

transforma en ocasión, no de hundirnos a nosotros, sino de alabanza al Señor. El pecado referido a uno mismo produce pena y lástima de nosotros mismos. Enfrentado con el perdón y la misericordia es fuente de acción de gracias.

Julio predicó muchas veces el siguiente testimonio que está entre sus notas aunque no sabemos de dónde procede: “Estaba andando solo y entré en un selva. Todo era muy oscuro. Iba solo y tenía miedo. Cada vez penetraba más adentro. Mi miedo y soledad iban aumentando. Al final de la selva vi una luz y encima de una montaña una cruz. Me acerqué y vi que Cristo estaba en la cruz. Junto a la cruz estaba María.

María me dijo a la vez que me daba un papel: “Hijo, escribe en el papel las cosas que más te pesan y lo que más te hace sufrir”. Yo apunté allí mi miedo, mi soledad, mis pecados. Ella cogió el papel y lo puso al pie de la cruz. De Cristo cayeron unas gotas de sangre y cubrieron el papel. Hubo un terremoto, se abrió la tierra y se tragó el papel. María me miró y me dijo: “¿Ves, hijo?, mi Hijo ha muerto por esto. Ya no lo tienes que llevar”.

Por eso, Julio nunca acusó a nadie de nada; derramó perdón y misericordia. Incluso decía que no tenemos derecho ni siquiera de juzgarnos a nosotros mismos porque nos juzgamos sin amor y nos hacemos daño. La persona se salva en Dios, no en sí misma. Dios nos ama más que nosotros mismos. Sin embargo, Julio lloraba con frecuencia por los pecadores. Él se consideraba un gran pecador y todos los hombres somos pecadores, pero hay una diferencia: unos han descubierto en su pecado la misericordia de Dios que salva y la aceptan, otros no la han descubierto aún. Por estos Santo Domingo derramaba lágrimas con grandes clamores diciendo: “¡Qué será de los pobres pecadores!” Igualmente Julio pasaba largas horas de oración, también con lágrimas, intercediendo sacerdotalmente por los que no han descubierto todavía el perdón gratuito de Dios por estar encerrados demasiado en sí mismos.

La pobreza consiste fundamentalmente en hacerse pobre con los pobres y asumir así todas las situaciones de desamparo de la humanidad. Así se hizo pobre Jesús que no retuvo su condición divina como un botín, sino que se rebajó pasando por uno de tantos y muriendo por todos. Pero hay aquí algo muy profundo en la actitud de Julio. La pobreza no es nuestra, es de Jesús. Las ocho pobrezas de las bienaventuranzas le pertenecen en exclusiva a Cristo. Si las tenemos alguno de nosotros es únicamente por un don de Cristo. Nadie puede arrogarse por tanto la iniciativa y la misión de ir a los pobres, pues la pobreza es de Cristo y lo mismo los pobres. Es el Señor el que salva. Y los instrumentos de salvación los escoge sólo él. Cualquiera que se acerque a los pobres en nombre propio, no en nombre del Espíritu del Señor, lo hará en virtud de alguna ideología o humanismo, pero no por el Reino de los cielos.

El único salvador es Jesucristo. Él quiere llegar al fondo de toda miseria mediante sus instrumentos. Pero éstos tienen que morir en el servicio a los pobres. En esta muerte está la suprema pobreza que es un don de Cristo, y esto hasta el punto de que se pueda decir que es Cristo el que muere dentro de nosotros. La irracionalidad de la pobreza humana se enfrentará con un amor total hasta la muerte, que la redimirá. Pero la pobreza

del instrumento llegará a no entender nada y a entregarse confiado a la voluntad de Dios. Aquí está la angustia y el miedo de Getsemaní. Aquí se prescinde totalmente de los propios cálculos y de las propias opiniones acerca de la salvación de los demás y de la de uno mismo. Si una persona te hace daño tú no la puedes amar con tu amor, tienes que pedir al Señor su amor. Si el Señor te da amor y empiezas a amarla llegará un momento en que pienses: a ver si se aprovecha de este amor para hacerme más daño aún. Sin embargo, ese no es asunto tuyo, porque es el Señor el que la está amando dentro de ti. Lo tuyo es morir a ti mismo y no dirigir de ninguna forma el amor de Dios aunque este amor Dios lo viva en ti. Y los efectos de ese amor serán muy distintos de lo que tú pudieras imaginar.

Julio amó a toda clase de pobres. Pero no se acercaba a ellos a solucionarles directamente sus problemas materiales o humanos, a no ser en casos especiales. Nunca lo consideró su misión. Él iba a redimir todo dolor con el anuncio de la Buena Noticia y del Amor de Dios. Cuando un pobre pueda entender su pobreza desde la perspectiva del amor de Dios todo cambia en él. Y dará gracias a Dios por su pobreza. Y todo lo demás se le dará por añadidura. Hay algunas pobrezas que sólo son insoportables desde ciertas predicaciones ideológicas. Él vivía en sí mismo la pobreza de no necesitar apenas nada y de tenerlo todo a disposición de los demás, en especial su tiempo, sus planes, su descanso. Su habitación siempre estuvo abierta y cuando tenía algo de dinero lo dejaba encima de la mesa a la vista de todos. El dinero apenas tenía valor para él. Si te adelantabas a sacar el billete del metro, lo que él había preparado no lo devolvía al bolsillo, se lo entregaba al primer pobre de los que hay en los pasillos. Era de tal manera pobre que no se le notaba que lo era y, sólo viviendo muy cerca de él, se daba cuenta uno de su identificación con todas las actitudes que definen al pobre en el espíritu. Además creo poder decir que vivió una pobreza o, mejor, que una pobreza fue vivida dentro de él mayor que la que entendió y supo expresar. Julio murió tan joven que apenas le dio tiempo para entenderse a sí mismo.

La desposesión de sí mismo la llevaba a extremos. Su dependencia de Dios y su confianza en él le hacía pedir para que el Señor le librara hasta de su propia experiencia: “Señor, líbranos de nuestra propia experiencia, líbranos de tener razón, líbranos de cualquier confianza en nosotros mismos”. Cuando el Señor te da el don de estas liberaciones se alcanza una de las cotas más altas en la pobreza de espíritu. Sólo queda la pura confianza en Dios y la obediencia más limpia a la Iglesia. Uno ya no se pertenece a sí mismo. Su razón no está en él, ni su palabra le pertenece, ni siquiera su pobreza. Por eso, cuando a Julio alguien le decía algo injurioso o despectivo no parecía afectarle lo más mínimo. Algo así como si dijera: “¿Por qué me voy a molestar si yo no soy yo?”

La falta de apoyo en uno mismo produce la desmitificación inmediata de todas las metodologías y de todas las mediaciones. Es sólo el Señor. “La realidad es el cuerpo de Cristo”. No hay otro apoyo. Uno sabe que la vocación es del Señor, la oración te la ha enseñado el Señor y la perseverancia y fidelidad son exclusivamente del Señor. Ya no es ni una Orden religiosa, ni un grupo de oración, ni carisma alguno, ni siquiera el sacerdotal, los que son verdaderamente fuente. Es sólo el Señor y su cuerpo que es la Iglesia en lo que

tiene de esencial. Quedan superadas todas las demás pertenencias y cualquier tipo de seguridad que pudiera venir por esta línea.

Finalmente, uno se goza en la propia pobreza o debilidad, e incluso en la pobreza de su Orden, de su grupo, y hasta en la pobreza de la oración y de toda clase de resultados. Pero este gozo es ya un gozo de bienaventuranza que conduce a gozarse en Dios sólo, por ser él quien es.

Si el grano de trigo...

“Se me ha muerto Jesucristo entre mis brazos. Me he pasado toda la noche besándole los pies. ¡Qué impotencia, Dios mío, qué impotencia!” Estas palabras son de Beatriz al término de la primera noche después del accidente. Ella se había quedado sola velándole, por decisión del médico, y fue a las cuatro de la mañana cuando se agravó irremisiblemente, le llevaron a la UVI y le entubaron con el cerebro ya clínicamente muerto.

Beatriz nos ha descrito varias veces su experiencia espiritual de aquella noche. Según ella al irse descerebrando, su cuerpo se contraía y paralizaba como por partes, reflejando en su rostro un gran dolor, y sufriendo las apariencias de una auténtica pasión. Después de muerto quedó como más relajado y normal. Según Beatriz, Julio estuvo consciente esas horas. A veces respondía a sus palabras apretándole la mano, otras veces se la acariciaba. Ella piensa que en esas horas de agonía asumió, por un don del Espíritu Santo, su propia muerte y todas las cargas y debilidades de los demás que todavía en salud le habían hecho morir a sí mismo. Por eso ella experimentó espiritualmente la muerte de Cristo hasta poder decir: “se me ha muerto Jesucristo entre mis brazos”. Centenares de personas que han conocido a Julio se han visto sorprendidos por la misma impresión espiritual.

Para muchas personas la vida y la muerte de Julio ha sido un don extraordinario. Algo así como percibir el Amor de Dios en un Cristo presente que hemos visto entre nosotros. Toda la vida de Julio se resume en un solo afán: reproducir la imagen de Jesús, sobre todo del Jesús que camina hacia Jerusalén para ser crucificado. Al Hijo no se le ha ahorrado ningún sufrimiento. Lo nuestro es reproducir ese camino hacia Jerusalén y dejar que Cristo sea de nuevo crucificado en nosotros, ya que la salvación le pertenece toda entera a Él. Nosotros no salvamos a nadie; pero Cristo en nosotros sigue completando sus sufrimientos y extendiendo la salvación a lo largo de los siglos.

Por eso la clave de interpretación de la vida de Julio es su ardiente deseo de la Pascua. He aquí lo que dijo en una homilía en Maranatha, su último 7 de Octubre, día de la Virgen del Rosario: “El seguidor de Cristo, el peregrino, quiere la Vida Total. Camina, siempre camina. Por eso, Madre, deseamos ardientemente lo que Jesús deseaba en el camino a Jerusalén: ¡La Pascua! ¡La Pascua! ¡La Pascua! ¡El paso de la muerte a la Vida! Deseo ardientemente tener la Pascua con vosotros, deseo ardientemente la Vida para el

mundo. Por eso el seguidor, el peregrino, desea, no se queda en lo superficial, porque sabe que detrás de la muerte está la vida. Ya no es decir soportar la muerte, o esperar a que la voluntad de Dios, trágicamente se convierta para mi mañana en una situación de muerte y soportarla como pueda. No. ¡Camina! Desea la Vida. Desea esa muerte: es una cortina de humo. Allá detrás de ella está la Vida. Camina. No nos quedemos en lo superficial...

Y para los hermanos que están en las nubes que no han comprendido la emoción profunda de este misterio, solamente una palabra: en la cruz, en tu cruz, en la cruz que tengas, en la cruz de tu hermano, sólo cabe una postura: adorar y contemplar... porque lo que sucede a partir de ahí, no lo sabemos, es inefable, es inefable...

Esto es hermanos lo que he entendido hoy con María..."

Y María fue tan buena maestra y Madre que se lo llevó al cielo el día de su Maternidad.

Una frase de Julio muy conocida es la siguiente: "Si Cristo ha resucitado mucho me temo que tenga que morir, pero si no ha resucitado cuántas cosas para poder vivir". El que está poseído por el Espíritu de Jesús entra en la misma dinámica de Cristo hasta el final: "les amó hasta el extremo". Y desea ardientemente que llegue su hora como Jesús. Muchos han comentado: Si Julio se entera unos días antes que tenía que morir, qué gozada hubiera disfrutado. Pero no por morir, sino por morir en Cristo por los demás. Él sabía que si Cristo ha resucitado el cristiano no tiene otro camino que morir en el gozo del amor y de la entrega. Pero si Cristo no ha resucitado... entonces Julio no hubiera soportado la vida un instante... y cuántas cosas, cuántos montajes para poder sobrevivir.

Él fue capaz de ir a la muerte porque tenía un testimonio interior fortísimo del Espíritu Santo. Hasta el punto de que aun en su misma entrega radical fue un hombre feliz. Julio fue feliz y colmado en plenitud como la luna llena. De eso doy testimonio yo que he vivido muchas horas a su lado. Él predicaba la necesidad de sentirse amado por dentro. Es como si el hombre estuviera hecho como para ser habitado, para ser colmado y es sólo el Espíritu que es el amor de Dios derramado en nuestro interior el que nos ama por dentro. Todos los demás amores humanos son exteriores, acompañan pero no colman.

Es testimonio común de muchas personas de toda España que en Julio se reprodujo la imagen del Siervo de Yahvé, el que muere por las debilidades, por el pecado, por la falta de fe de los demás. "Uno tiene que ser, decía Julio, como el trapo con el que se limpian los cristales o como una patata hecha puré". Siempre que había algún compartir alegre, Julio solía estar a solas confesando o cargando con las penas de alguien. En esto era admirable y en él actuaba una fuerza superior a sí mismo. Por eso solía decir que la vida de un cristiano es un milagro continuo, porque le supera a uno mismo en todo momento. La experiencia de ser poseído por el Espíritu al hablar o al actuar produce maravillas. Dios es admirable en sus santos.

Y esta es quizás la impresión que la mayoría de los que han oído predicar a Julio o presidir una Eucaristía tienen de él: la de ser poseído por un algo interior que le cambiaba el rostro. El Señor se hizo una imagen de sí mismo –eso son los cristianos– para que testimoniara en medio de esta nuestra generación. Y aquellos para los que ha sido signo, por el beneplácito de Dios, no cesan de alabar y bendecir a Dios por el precioso designio de haber tenido a Julio entre nosotros.

Los testimonios después de la muerte son más o menos unánimes: hay un primer momento de rebeldía y desconcierto. “¿Cómo es posible? ¡No me lo acabo de creer! ¡Si estaba en la flor de la vida! ¡Con el trabajo que estaba desarrollando y la necesidad que tiene la juventud de líderes como Julio! ¿No se habrá dado cuenta Dios de eso?” Pero pronto estos sentimientos fueron desbordados para dejar paso a una alabanza e, incluso, a una acción de gracias ya que se presiente un misterio muy superior a todas nuestras interpretaciones. Es el misterio del grano de trigo: “Si el grano de trigo no muere”... Se percibe un misterio de fecundidad fuera de nuestro alcance racional. Con nuestro sentido de la eficacia, la muerte de un chico de 27 años del estilo de Julio es una pérdida irreparable para el Reino de Dios. ¡Con lo que estaba haciendo! La realidad es que Cristo, el Hijo de Dios, estuvo tres años de vida pública, murió en la flor de la edad, y en su muerte han sido bendecidos todos los pueblos.

Los testimonios, posiblemente de miles de personas, después de la muerte de Julio son difíciles de resumir. A mí han llegado centenares de ellos. Muchos comienzan diciendo: “Desde la muerte de Julio en mí han cambiado muchas cosas”. Tal vez no sea este el momento de hablar demasiado de esto, pero sí se puede decir que ha habido conversiones, auténticos bautismos en el Espíritu, curaciones interiores. En muchos conventos el impacto espiritual de su muerte ha sido perceptible. Desde distintos grupos de oración han telefoneado diciendo que se ha desatado en ellos una alabanza nunca conocida. Mucha gente ha notado la presencia espiritual de Julio que les ha dado un gran empujón. Otros hablan de que su muerte ha sido para ellos el mejor retiro de profundización que han hecho en su vida. Y lo que, finalmente, es común, es el hecho de que casi nadie se ha acordado de pedir por Julio, sino que se le ha puesto desde el primer momento como intercesor, pidiéndole a Dios multitud de cosas por su intercesión.

Mucha gente comentaba, que no había visto nunca un cadáver tan querido, tan besado, tan contemplado, pasándole rosarios, estampas, etc. Una persona de su familia dijo en un momento de especial aglomeración: “nos le rompen, nos le rompen”. El sábado día dos llevaron su cadáver al convento de Alcobendas desde el Forense, sin previo aviso, a las tres de la tarde. La noticia corrió con rapidez. A las cinco celebramos una Eucaristía delante del cadáver con ya cerca de trescientas personas que habían acudido a orar. Se mantuvo hasta las doce de la noche un continuo desfile de gente. Lo mismo al día siguiente hasta las once que fue el funeral y entierro al que acudieron centenares de personas.

El misterio de Jesús muerto y resucitado se ha visto reproducido en pequeña escala en medio de nosotros por la muerte de Julio. Su muerte ha concretado ante nuestros ojos la muerte de Cristo que, por las razones que sean, puede quedarnos un poco lejana y un mucho mitificada. Hemos comprendido, como nunca, el misterio de los santos y el gran amor de Dios que significa el regalo de un hombre o una mujer así, en medio de su pueblo. Para los que han amado muy de cerca a Julio, su muerte les ha traído incluso una mayor profundidad en la comprensión del misterio de la Eucaristía. En efecto, el hecho de comer la carne y beber la sangre, entendido en el Espíritu, de un ser tan amado, es parte integrante de la actualización de un recuerdo en el Espíritu, que produce Vida.

Por eso mucha gente ha comentado: Julio ha muerto pero su espíritu está entre nosotros. Y la verdad es que esta palabra Espíritu podía ponerla con mayúscula porque el que actuó en Julio no fue su espíritu, sino el Espíritu de Cristo. Otros han hablado de la necesidad de heredar y continuar el Espíritu de Julio. Y desde la fe mucha gente se ha visto sorprendida por una fuerte presencia espiritual de Julio. La muerte de una persona santificada por el Señor, se puede interpretar sin duda en términos de resurrección y de presencia consoladora, sobre todo cuando suceden hechos reales de cambios de vidas y se percibe que algo nuevo ha brotado entre nosotros. Y esto no por los méritos de nadie, sino por un aumento de la Misericordia del Señor.

Un novicio nos cuenta estas impresiones vistas desde el lugar y desde la comunidad en la que Julio trabajó y a la que amó en su última época: “Ahora está con el Padre y a mí me parece que me voy a encontrar con él en el pasillo, o en el comedor, o incluso en la calle hablando con un grupo de jóvenes. En multitud de ocasiones me parece verle con su andar desenfadado, su sonrisa, sus ojos brillantes, y su cara llena de inspiración. Ah! Y su Biblia roja debajo del brazo... Pero esta imagen poco a poco se desvanece. Comprendo que tiene que ser así. El recuerdo no da vida. Lo que nos da ahora Vida es su presencia. Se hace notar en todos los sitios. De hecho, ¿cómo se comprende que estemos todos ahora más alegres? El Julio de la carne sólo puede alimentar nuestra tristeza y melancolía. Es el Julio de la fe el que nos hace crecer a todos. Su partida de nuestro lado es una Palabra de Dios tan fuerte que ¿cuándo llegaremos a entender su total significado? El grano de trigo ha muerto y nosotros que estamos donde murió ese grano de trigo no tardaremos en ver crecer una hermosa espiga y en recoger después sus frutos, para que de nuevo los que sembraban con lágrimas cosechen entre cantares. Con la fe le veo más presente todavía. Sólo con la Fe.”

En la solapa de un pequeño cuaderno de notas personales tenía Julio citada esta frase: “La vida de la flor es corta, pero la alegría que ella puede dar en un minuto es de esas cosas que no tienen ni principio ni fin.” Esto se ha cumplido en él. Una flor que al llegar la primavera rompe su capullo, exhala unos días su perfume y se va en silencio. Pero su perfume es eterno.

Julio había dicho: “Lo más hermoso no es la flor, sino el jardín”. El Señor ha cortado una rosa de ese jardín. Era muy bella. Pero es que “ya es primavera, ha llegado el

tiempo de cantar y se escucha en nuestra tierra el arrullo de la tórtola”. Él, la Rosa de Sarón, ha llamado eternamente a su corazón. Julio lo había deseado y cantado infinidad de veces; y el pueblo se lo cantó proféticamente al borde de su tumba:

Él es la Rosa de Sarón,
sobre los montes Él llega,
y con dulzura me habló
el que llama a mi corazón:

Ven, amiga mía.
Ven, que el invierno pasó
y la lluvia se fue
y el tiempo de cantar ha llegado por fin.
Ven, que en nuestro país,
la voz de la tórtola se deja oír.

Ven, paloma mía.
Ven, quiero estar junto a ti
porque es dulce tu voz,
y tu amable semblante déjame ver por fin.
Ven, que ya es primavera,
la viña ha florecido y la higuera brotó.